

distanciados, en medio de esta especie de eriales del abandono, se yergue una blanca torrecilla rodeada de negros cipreses.

Un barranco más profundo, al cual hemos de descender, se abre ante nosotros. Ofrece un aspecto tan agreste y salvaje, como si nos hallásemos a cien leguas de una ciudad. En su fondo, entre plátanos, existe una antigua fuente en la que yo, antaño, hallaba casi todas las mañanas, a la misma joven turca que me parecía bellísima bajo sus velos. Era antes de salir el sol cuando yo pasaba por allí, al amanecer, en invierno; y, a tales horas, iba ella, sola, a llenar en esta fuente su cántaro de cobre. Nos cruzábamos en el camino hondo, velado por las brumas matinales: cambiábamos una mirada de conocimiento, después de lo cual, sus ojos, lo único visible de su velado rostro, se entornaban con una semi-sonrisa. No había vuelto a acordarme de ella durante diez años, y ahora, volvía a verla como en un claro espejo; y renacían en mí todas mis tristes impresiones de aquellos amaneceres, de aquellas caminatas por sendas aún desiertas, la cara flagelada por el aire seco y glacial, o por la neblina gris. Y como mi espíritu estaba inquieto en aquellos tiempos, cada mañana me preguntaba yo, si entre tantos pe-

ligros como nos rodeaban, podría al anoecer próximo, reunirme aún a aquella que acababa de dejar, o si, por lo contrario, no surgiría Azrael, para destruirlo todo...

En Pri-Pachá, donde llegamos al fin, después de interrogar a los transeuntes de las calles, hallamos la casucha de la vieja armenia de quien dependía todo el resultado de mi peregrinación.

Lleno de ansiedad, llamo a la puerta. Dos veces; tres veces... El viejo aldabón resuena fuerte, hasta hacer temblar las maderas carcomidas. Nadie viene a abrir. Las ventanas están cerradas. Mas un judío caduco, centenario por lo menos, sale alarmado, de una casa vecina, semienvuelto en un caftán verde:

—¿La vieja Anaktar Chiraz?—nos responde con un airecillo de sospecha.—¿Qué la quieren ustedes?...

Se tranquiliza ante nuestro aspecto.—«Si, efectivamente, aquí es; no está ahora... Se marchó ayer para establecerse junto a una de sus parientes, que está muy enferma,... precisamente allá, en Kassin-Pachá, de donde nosotros veníamos, juntamente al lado de su antigua morada...»

¡Oh! Se apodera de mí una ráfaga de locura. ¿Qué hacer?... Pasa el tiempo y debe

ser ya tarde. No sé la hora, pues en mí precipitación, olvide el reloj en el hotel; perc me parece que ya descende el sol. Si la noche llega, ya no hay nada que hacer en Estambul—y no dispongo más que de otro día, desqués del que está terminado.—De veras parece que yo he tenido, en sueños, el presentimiento exacto de lo que sería este viaje. Todo se realiza en él como en mis pesadillas; estas trabas acumuladas; esta inquietud de las horas demasiado cortas; esta congoja *de no tener tiempo para llegar hasta el fin.*

¿Qué resolución adoptar? Ya no lo sé: y mi cabeza vacila un poco. Vámonos ¿Volvamos sobre nuestros pasos, hasta ese Kassim-Pachá de donde venimos, con estos malditos caballos de alquiler que no quie en andar?... No. Eyoub, donde vivo, y que me atrae como una amante, está ahí, cerca de nosotros, precisamente enfrente, en la otra orilla del Cuerno de Oro—que, en estos parajes, se estrecha, y podrá atravesarse pronto.—Por otra parte, me siento realmente convertido en un habitante de este santo arrabal. Los diez años que me separan del tiempo en que yo vivía en él, acaban de desvanecerse tan por completo, que hasta me forjo la ilusión de volver

allá, a mi casa, entre rostros familiares, y que, sin esfuerzo, me imaginaria encontrar allí una casa tal como la dejé; con los queridos habitantes de otros tiempos. Por lo menos iré a sentarme en el antiguo cafetín en que Achmet y yo pasábamos las veladas de invierno, en compañía de derviches, recitadores de fantásticas historias de encantamiento... No es posible que no quede en aquel barrio alguien que me reconozca: que le inspire simpatía y que acceda a guiar-me en mis búsquedas—que, ciertamente—no han de causar estorsión a nadie.—Devolvemos, pues, nuestros caballos; descendemos hacia el embarcadero para tomar un esquife, escogiendo un remero joven, a fin de ir de prisa, y bien pronto nos hallamos deslizándonos ligerísimos, a todo remo, sobre las tranquilas aguas.

Comienzo a contemplar, allá, enfrente, escudriñándola desde lejos, la orilla opuesta, en la que vamos a desembarcar.

¿Cómo es que no la reconozco? Y, sin embargo, es allí, estoy segurísimo.

¡Oh, Dios mío! ¡Todo ¡ay! ha cambiado! Mi casa vieja ya, y las dos o tres que la rodeaban, ya no existen. No había previsto yo esta destrucción y siento que mi corazón se oprime. El marco que había encua-

drado mi vida turca, ha sido destruido para siempre—y esto hace que todo retroceda a unas lejanías borrosas.

Echo pie a tierra, tratando de orientarme, de reconocer alguna cosa, al menos. ¿Dónde está el cafetín de los derviches narradores de historias? En el lugar que él ocupaba, se alza ahora un gran muro blanco que yo no conocía; un cuartel flamante con soldados de centinela. Y todas las casas del contorno están cerradas, silenciosas, y—sobre todo—inabordables. ¡Ea! Yo soy aquí, ahora, un extraño. He estado loco, al venir acá, malgastando mis minutos contados, cuando debí volver, desandando lo andado, y seguir la única pista, un tanto segura, para buscar, a toda costa, a la dichosa vieja.

Sin embargo, parte de mi peregrinación consistía también en volver a ver a Eyoub. . . ¡y lo he realizado tan pronto! ¡Oh!... ¡Y la sagrada mezquita, y la avenida de los sepulcros santos!... Estoy, ahora, a dos pasos de estas cosas misteriosas y raras, antes tan familiares, en mi vecindad... Quizás no vueljamás por aquí... ¿Tendré valor para abandonar Eyoub sin ir a verlas nuevamente?... Por lo demás, apresurándome, todo se reduce a la pérdida de cinco, de diez minutos

a lo sumo,—y digo a mi remero: «Vete, atraca un poco más lejos, en el muelle de mármol de allá abajo, a la entrada del Camposanto.»

Dejando al viejo griego en el esquite, con el barquero, vuelvo a saltar a tierra, solo, sobrecogido por el glacial silencio de este lugar, por su fúnebre sonoridad, jamás por mi olvidada, que transforma el eco de mis pasos. En la calzada de eterna paz, sobre las losas de mármol, verdeantes a la sombra, humillada la cabeza, me es preciso pasar hoy, con esta precipitación febril, que comunica a todas las cosas muertas a ver así, un cierto aspecto de inexistencia. Corro, corro, por esta avenida entre dos filas de monumentos funerarios y de tumbas, en medio de toda la silenciosa blancura de los mármoles. A izquierda y derecha, bordeando la estrecha senda, se alzan antiguas paredes blancas, perforadas por una especie de ojivas por las que las miradas se sumergen en las entrañas sombrías de un bosquecillo repleto de sepulturas. Nada ha cambiado, naturalmente, de todo esto, que es sagrado e inmutable. Este paraje único, tan estrechamente unido a mis recuerdos de amor, estaba igualmente, muchos años antes de nuestra existencia y así continuará, largo tiempo

aún, después que nosotros hayamos desaparecido.

Al final de la avenida, en una sombra más espesa, bajo una oscura bóveda de plátanos, me detengo delante de la puertecita de la impenetrable mezquita santa. Allí están siempre las mismas viejas mendigas, con el rostro velado, encogidas, acurrucadas, inmóviles, sobre unas piedras. Una de ellas, despertada de su sueño por el ruido de mis pisadas, se asusta al ver que me acerco; acaso teme que yo cometa la imprudencia de franquear aquellos umbrales; y «¡Jasak!... ¡Jasak!» (¡Prohibido! ¡Prohibido!)—me dice, con irritado acento extendiendo una mano de muerta, como para cerrarme el paso. Y yo, le respondo, tranquilamente, en esta lengua turca que hablo ya con la misma facilidad de antes:—«Ya lo sé, ancianita: que está prohibido; vengo sólo a echar una ojeada a la entrada; y después, me iré.» Al terminar le entrego una limosna. Entonces, con apacible voz, ella misma tranquiliza a las otras, que comenzaban a soliviantarse también:—«Ya lo sabe; ya lo sabe:—les dice.—Es de por acá. Viene a mirar esto, sólo. Y, en efecto; lo veo todo, presuroso, distraídamente. ¡Tantas veces, antaño, había venido aquí, cuando vivía en

Eyoub, hasta estos umbrales de los que conozco hasta de las piedras más pequeñas, entre la semiobscuridad que se desprende de los grandes árboles!... Desde el lugar sombrío en que me hallo, en medio de estas pobres, veladas, con inmovilidad de fantasmas, se me figura que un resplandor un tanto maravilloso reluce allá: en el patio de la mezquita, entre la secular blancura de la cal y de los azulejos...

De repente, después de esta rápida ojeada, parto, presuroso, por la sagrada avenida, presa nuevamente del vértigo del tiempo, que huye; de la luz, que me parece menos dorada; del favor del sol poniente de la tarde.

Es a Kassim-Pacha, naturalmente, en busca de esta vieja, a donde yo debo ir, cueste lo que cueste. Ahora iré por mar, será más rápido, desde aquí.

Cuando de nuevo me hallo tendido sobre mi esquite, digo al remero:—«Vete aprisa aprisa, y tendrás una propina espléndida!...» El pícaro me responde con una sonrisa que muestra sus blancos dientes, y se pone a remar con toda la fuerza de sus brazos. La marea nos ayuda y descendemos rápidamente por el Cuerno de Oro, alejándonos del sombrío Eyoub.

Pero vamos a pasar por delante del arrabal de Hadjikení... ¡Si me detuviese en él!... El barrio no es tan pavoroso como el que dejo; y, quién sabe; puede que alguien me reconozca; alguno de los judíos que yo empleaba en mi servicio; el gran Salamón, mismo, o el viejo Kairoullah, cualquiera, con tal que me informen. Al pasar, intentaré esta prueba... Después de todo, esto me permitiría volver a ver mi casa, la primera de mis casas turcas, pues también he habitado yo aquí, antes de poder realizar el sueño, casi imposible, de vivir en Eyoub.

En el libro de juventud en que yo he relatado mi vida oriental he pasado por alto nuestra estancia en Hadjikení, por abreviar, y también por obedecer a cierto sentimiento de decoro que ahora me divierte: este Hadjikení es un arrabal pobre, bastante malmirado en Constantinopla.

Allí había ido yo a instalarme por pronto, al dejar mi alojamiento europeo de Pera; allí había recibido a Aziyadé por primera vez, a su regreso de Salónica. Permanecimos allí cerca de dos meses, ocultos, antes de atrevernos a buscar una casa en la otra orilla, en el arrabal de los santos sepulcros, y, después, habíamos conservado, por lo que pudiese ocurrir, este primer refugio,

más seguro, donde, por coquetería, volvíamos de cuando en cuando.

A lo último, como todo se transforma en la memoria, todo se olvida: he aquí que ya no conozco la *Escala* de nuestra calle; es decir el pontón de viejas tablas que nos era tan familiar antiguamente, y en el que desembarcábamos con seguridad absoluta, hija de la costumbre, en el misterio protector de las noches más foscas.

Por impaciencia, echo pie a tierra, a la entrada de una callejuela israelita que recuerdo vagamente, muy vagamente. Y seguido siempre del viejo griego, comienzo de nuevo a caminar rápido, a correr, espoleado sin tregua por la inquietud del tiempo.

Trás un recodo, damos en una calle en la que hay establecido un mercado judío. Gritos de compradores y vendedores; una turba afanosa; un cúmulo de canastos de frutas y de legumbres, hornillos en que se asan carnes a la intemperie; banquillos de cambistas y de usureros. Allí me oriento enseguida; ya lo creo; y el corazón me late con más fuerza, pues mi casa debe de estar muy próxima.

Por otra parte, yo conservaba de este mercado un recuerdo particular, único, entre todos. Morador de Hadjikení o morador de

Eyoub, yo venía aquí todas las tardes con Achmet para cambiar, para tomar dinero prestado de estos judíos, o bien para comprarles el pan y los pasteles destinados a la misteriosa comida de Aziyadé. Y es que Constantinopla, es la única ciudad del mundo en la que he estado verdaderamente mezclado en la vida del pueblo—en la vida de este pueblo oriental ruidoso, pintoresco, pleno de color; pero necesitado, atento a mil pequeños oficios, a mil menudos camalaches...

Mi compañero cotidiano Achmet, era, por sí, un hijo de este pueblo, impuesto en los más pequeños medios de esta vida laboriosa, acostumbrado a negociar con casi nada; y aprendiendo sus mañas me volvía yo hombre del pueblo, como él, a ciertas horas. Verdad es que yo también era pobre en aquellos tiempos, y hasta estaba apurado, alguna vez, para sostener mi papel de Hassán.

Este mercado que cruzo hoy con un paso desembarazado y rápido, sintiendo pesar el cinturón de cuero en el que he hecho coser—un tanto a uso marinero—mi reserva de monedas de oro, ¡oh, esta caminata, cuánto me recuerda de miserias alegremente conllevadas a causa de ella; de regateos

tímidos, de peticiones de préstamos, por cantidades que ahora me hacen sonreír! Y bajo las vestiduras turcas, estas cosas me parecían aceptables, casi me divertían y me daban, por otra parte, la impresión de haberme salido de mí mismo y convertido en cualquiera de los mentecatos que me rodeaban. ¡Había aún tanta puerilidad en mi vida, en aquel tiempo!

Tras esta calle del mercado, una plaza tranquila, a la orilla del mar; una plaza silenciosa bordeada por emparrados de vidés y decorada en su centro con una antigua fuente de mármol. ¡Y mi casa allí, que se me presenta de pronto, real y verdadera, besada por el hermoso sol de la tarde! Al fin encuentro algo de entonces, una cosa que ha formado parte de mi querido pasado, y que existe aún...

Invadido por un vago temor de aproximarme a aquel lugar, con una extraña turbación de espíritu, voy lentamente a sentarme en frente, en plena calle, delante de un cafetín con sus parras que el otoño hace amarillear, y lo contemplo atentamente. (¡Qué mal suena este nombre de *café* para indicar estos tinglados orientales en los que se fuma la típica pipa!) Contemplo la casita de antaño, cual si mirase una cosa de

ensueño, que osase presentarse a mis miradas en pleno día. Me parece empequeñecida, de aspecto mísero... Y, no obstante, es la misma y con sólo sus jaspeados de vez en las paredes, evoca en mi mente recuerdos mil.

No; no ha cambiado, tampoco, esta plaza; ni una piedra ha sido alterada desde que yo habitaba aquí. ¿Será posible, Señor, que todo haya permanecido tan invariable; que el sol lo ilumine tan alegremente; que yo, yo mismo, vuelva a hallarme aquí, joven aún, y que durante tantos años, no sepa nada de *ella*, ni siquiera si vive, o si reposa ya en el regazo de la tierra.

Este es el primer instante de reposo y de ensueño, desde que comencé mi errante y larga caminata. Este sol de octubre, que, poco ha me parecía alegre derramándose sobre esta plaza solitaria, rápidamente me entristece, me pone triste, más triste que la bruma o que la noche. Ni me encanta ni me engaña; sólo tengo, ahora, conciencia de su impasibilidad ante los anonadamientos constantes, ante la continua destrucción. Siento la muerte, la melancolía de la muerte, en sus dulces luces... Impregnadas de muerte estás sus rayos...

Un zagal se presenta para servirnos. Pregúntole:

—¿Es viejo el amo?... ¿Tiene este café mucho tiempo ha?

—¿El amo? ¡Anda! — respondió sorprendido.— ¡Puede que haya cincuenta años ya, que está aquí! Es un abuelete...

—Entonces, dile que venga, que hemos de hablar.

Recuerdo, instantáneamente, el rostro del viejecillo, en cuanto se presenta.

—¿Te acuerdas de mí?... Yo vivía, bastantes años ha, ahí, en la casa de enfrente...

—¡Ah, sí!—contestó un poco sorprendido. — Y, después, te fuiste a vivir a Eyoub... Así pues... no; de esto que yo digo, hace lo menos veinte años... (en Turquía se lleva muy mal la cuenta del tiempo)... Tendrías que ser mucho más viejo de lo que eres...

—Y de mi criado Achmet, ¿te acuerdas?

Sí; de mi criado Achmet, se acuerda perfectamente; mas no puede darme ninguna noticia de él... Desde que me marché de Hadji-Keui, no ha vuelto a verlo.

Entonces le envío a buscar a todos los viejos del barrio; a todos aquéllos que, más o menos, puedan acordarse de mí.

Y bien pronto se forma un grupo de vecinos, de curiosos, de gentuza que me miran como a un aparecido del otro mundo, admirados, también, de encontrarme tan joven. Parece que en la memoria de todos ellos, mi presencia aquí, los ha transportado, poco a poco, a tiempos inciertos y ya pasados.

Me doy perfecta cuenta de que ellos no se han olvidado aún de aquel francés que tenía la manía de venir a aislarse aquí; pero ¡ay! en cuanto a Achmet, nadie pudo decirme nada. En vista de ello, se me propone ir a ver a un viejo judío que me conocía muy bien, y que, acaso podría indicarme algo, érase un tal Salomón...

¡Salomón! ¡pues ya lo creo, que quiero ver a Salomón! A quien me acompañe allá, bien de prisa, le daré una buena recompensa. De este Salomón me servía yo con frecuencia.

Iba ha realizar compras con Achmet, y no ignoraba las clandestinas idas y venidas, a mi casa, de una musulmana. Al marcharme yo, verdad es que lo había despedido por no sé qué pillería; pero, ¿qué importa, con tal que me ayude?... Hasta casi una alegría tendré al volver a verlo, co-

mo todo aquello que ha estado mezclado en mi vida pasada...

Llega. Sin duda no me cree aquí, tampoco; queda sorprendido al reconocermelo, y besa la mano que yo le alargó. Yo lo había dejado hecho todo un hombretón, recio, fornido, y me lo encuentro encanecido y encorvado.

—Achmet,—dice — no; no he vuelto a verlo, ni aún a oír hablar de él desde que te marchaste... Debe haber dejado el país... O quizás se haya muerto.

Después me promete invertir la tarde en realizar investigaciones, y subir mañana a Pera, a darme cuenta de ellas.

Bien. Así, pues, yo no averiguaré nada más aquí. Otra demora perdida... Y el tiempo apremia. Es menester marcharse.

Sin embargo, desearía volver a entrar en mi casa, ya que tan cerca estoy de ella. Sobre todo, quisiera subir al primer piso, al cuartito que yo había preparado con tanto esmero, para recibirla.

Envío a Salomón a tratar de ello con quienes ahora lo habitan; unos armenios pobres, que por unas monedas acceden a franquearme sus puertas.

Entro, subo la escalera, vuelvo a ver nuestra querida habitación pequeñita, tan ale-



gre antes, con su extraño arreglo... Ahora, nada ya. Muebles sórdidos, desorden, pingajos que cuelgan... Mejor fuera que no hubiese visto esta profanación lamentable. La rápida ojeada lanzada por mí, fué suficiente para hacerme retroceder, retroceder aún hasta el fondo del abismo; el pasado aquel, del cual husmeo y persigo el rastro.

Pero al bajar estos escalones que las barchas de Aziyadé han hollado, una emoción punzante me invade; emoción que yo no había previsto.

Un lejano día de mi infancia, un pálido rayo de sol de invierno filtrado por una ventana de la escalera, me impresionó de un modo inexplicable, profundo.—Ya he referido yo esto, no sé dónde.—Y, aquí, muchos años después, experimento el mismo estremecimiento, al volver a ver, en esta casa de Hadji-Keui un rayo semejante y de igual significación misteriosa, que todas las tardes se deslizaba a lo largo de una escalera, para iluminar un ánfora de Atenas colocada en un nicho del muro... A menudo, estos pormenores ínfimos, se graban para siempre en la memoria, y parece como si ellos, en sí mismos, resumiesen todo un paraje, toda una época dolorosa o deseada. Así había ocurrido con este rayo de sol—

mezclado ya por mí a no sé qué *pasado* desconocido.—Yo había pensado en ello cien veces, desde mi alejamiento del país turco; y una angustia especial, una congoja extraordinaria y de inquietante origen, traía a mi mente la idea de que no volvería yo a ver, nunca, este rastro de luz pálida, cayendo sobre este nicho, sobre esta ánfora... Jamás, jamás, por siempre jamás.

Pues bien; el nicho vacío, permanece en el muro; y mientras voy bajando, continúa el sol iluminándolo con su rayo melancólico.

Una vez más, con todo esto, me pierdo en lo inexplicable.

Volvemos a bordo de nuestro esquife, el griego y yo, después de esta parada que ha durado veinte minutos, justos, y continuamos nuestro rumbo hacia Kassim - Pachá, con todo el impulso de nuestros remos.

En el Cuerno de Oro reina el acostumbrado va y ven, el cruzamiento incesante de los esquifes silenciosos... ¡Cuán bella y tibia y luminosa es esta tarde! Me causa una agradable sensación de estío, a mí, que vengo de los bosques de pinos de los Cárpatos, sobre los que cae ya la nieve... Y me entrego de nuevo a los engaños del sol. Me dejo,